

Me matan, si no trabajo,
 y si trabajo, me matan;
 siempre me matan, me matan,
 siempre me matan. (O.P., I, 168)

El significado de la prosa de Guillén en los años treinta hay que ponerlo en relación necesariamente con el prólogo de *Sóngoro Cosongo* (1931). Guillén, poco dado a prologar sus libros, hace aquí una excepción, sin duda motivado por el impacto escandaloso de *Motivos de son* entre una parte del público lector. La cita, aunque larga, merece la pena:

No ignoro, desde luego, que estos versos les repugnan a muchas personas, porque ellos tratan asuntos de los negros y del pueblo. No me importa. O mejor dicho: me alegra. Eso quiere decir que espíritus tan puntiagudos no están incluidos en mi temario lírico. Son gentes buenas, además. Han arribado penosamente a la aristocracia desde la cocina, y tiemblan en cuanto ven un caldero.

Diré finalmente que estos son unos versos mulatos. Participan acaso de los mismos elementos que entran en la composición étnica de Cuba, donde todos somos un poco níspero. ¿Duele? No lo creo. En todo caso, precisa decirlo antes de que lo vayamos a olvidar. La inyección africana en esta tierra es tan profunda, y se cruzan y entrecruzan en nuestra bien regada hidrografía social tantas corrientes capilares, que sería trabajo de miniaturista desenredar el jeroglífico.

Opino por tanto que una poesía criolla entre nosotros no lo será de un modo cabal con olvido del negro. El negro, a mi juicio, aporta esencias muy firmes a nuestro cóctel. Y las dos razas que en la isla salen a flor de agua, distantes en lo que se ve, se tienden un garfio submarino, como esos puentes hondos que unen en secreto dos continentes. Por lo pronto, el espíritu de Cuba es mestizo. Y del espíritu hacia la piel nos vendrá el color definitivo. Algún día se dirá «color cubano». Estos poemas quieren adelantar ese día. (O.P., 114)

Es clara su afirmación de una poesía mulata, mestiza, como la auténtica poesía criolla, el negro y el blanco tendiendo sus manos. Guillén hace un llamado a buscar y a darle el sitio adecuado al aporte africano dentro de la cultura nacional. Reivindicar el aporte africano en aquellos años era una valentía, pues la marginación de este colectivo había sido la nota dominante de la cultura en Cuaba. El miedo al negro marcó la economía y la política de los siglos XVIII y XIX. «Poner al negro en su justo lugar era un deber y una verdad revolucionaria» (36), afirma Nancy Morejón.

Revalidar ese «color cubano», transculturado, implica un trascender la cuestión racial y aspirar a esa dignidad plena del hombre con la que soñara José Martí. Pero no terminan aquí las consideraciones sobre este tema en su prosa. En el Tomo III de su *Prosa de prisa* encontramos un artículo de decisiva importancia, «Nación y mestizaje» (*Casa de las Américas*, 5-8-1966), que completa adecuadamente los planteamientos de aquellos primeros años.

Hace Guillén un repaso histórico a la población cubana desde antes de la llegada de los españoles, así como la diversa procedencia de las olas africanas o hispánicas que fueron progresivamente repoblando la isla hasta configurar ese mapa blanquinegro actual: «Porque aunque desde el punto de vista social y económico siempre existió una insalvable diferenciación entre blancos y negros, la nacionalidad cubana se debe a entrambos elementos y es consecuencia de una vasta, caudalosa, irresistible transculturación afrohispana» (289). Apunta finalmente en sus palabras la diferencia esencial entre el negrismo tal como él lo entiende y demás influjos paralelos:

Nos vino entre ellas el negrismo de Gide, de Cendrars, de Picasso, de Morand. Sólo que este negrismo llegado como una «moda», transformóse rápidamente en «modo» por una razón histórica evidente, a saber: el proceso de conmistión negriblanca, afroespañola, que durante más de tres siglos había tenido lugar en Cuba. Mientras la negritud de los poetas francófonos es un arma contra el colonialismo, un medio de lucha por la independencia del poderío metropolitano, el negrismo es expresión de unidad histórica, conmistión de dos fuerzas sin ninguna de las cuales podría existir Cuba como existe hoy, lucha contra el racismo, en fin. Un negrismo mestizo, aunque esto suene a paradoja (290).

Las palabras de Guillén no requieren comentarios, treinta años después de sus primeras incursiones en el tema, y pese a haber superado sus «modos» iniciales, sus ideas al respecto están muy claras. Cuba, su pueblo y su cultura son, por tradición, mestizas y éste es un concepto muy válido de identidad nacional.

En este aporte guilleneano a la identidad nacional cubana y al proceso de transculturación hay que precisar, como ha señalado Morejón, una diferencia importante respecto a la elaboración del concepto por Fernando Ortiz. Para Guillén, el impacto indio es prácticamente nulo mientras que para el etnólogo Ortiz tiene su parte de influencia. «Lo que trasciende en ambas actitudes, dice Morejón, es que cada uno de ellos tiene un concepto del tiempo. Ortiz como algo abstracto, sujeto a toda la historia de la nación. Guillén como algo concreto, sujeto a la contemporaneidad del siglo XX» (51).

Sería de todas formas injusto no aludir a la importancia que para la formación del poeta de Camagüey debieron tener los estudios de Fernando Ortiz que ya desde 1905, con *Los negros brujos* y más tarde *Los negros esclavos* (1916) y *Los negros curros*, venía realizando un análisis consciente de su cultura y del proceso de incorporación a la vida cubana. Sin olvidar tampoco, entre sus múltiples contribuciones al tema, su *Glosario de afronegrismos*.

En diecisiete ocasiones cita Guillén al maestro Fernando Ortiz, a lo largo de su *Prosa de prisa*. En todas ellas tiene palabras de reconocimiento y gratitud hacia él a quien compara con José Antonio Saco, en su pensamiento, y aún lo pone por encima. Ortiz, autor del concepto de transculturación, de suma importancia para la formación de su teoría del mestizaje, es un magisterio admitido en sus comentarios. Aún más, todas las consideraciones históricas que Guillén realiza en su artículo «Nación y mestizaje» parecen estar tomadas del ensayo de Ortiz, *Los negros esclavos*.

Con motivo del fallecimiento del ilustre etnólogo, Guillén escribe dos crónicas «Don Fernando» (*Juventud Rebelde*, 14, 4, 1969) y «Ortiz, misión cumplida» (*Casa de las Américas*, 7, 8, 1969) en las que lo compara con el papel liderado por Domingo Delmonte en el siglo pasado, aunque Ortiz llega a superarlo especialmente por el caudal de obra escrita que nos ha dejado, frente a un liderazgo delmontino más verbal o menos sistemático. «Porque es Ortiz quien acomete por primera vez en Cuba –contra prejuicios, juicios y posjuicios– la tarea de señalar el papel cumplido por la presencia multinacional y multicultural africana, junto a la española, en el proceso formativo de una auténtica, de una representativa cultura nacional» (III, 338). «Ortiz hizo familiar, cotidiana, la noción de mestizaje nacional, y fijó para siempre el carácter de nuestra cultura, partiendo de un punto de vista estrictamente científico» (III, 340). Con estos comentarios queda patente la huella en Guillén. Todavía en 1967 exhortaba Guillén a los estudiosos a circular por los caminos abiertos por Ortiz en el movimiento artístico cubano de los años treinta, «en busca de una expresión nacional auténtica en lo afroespañol, no como una variante del ser cubano, sino como cifra prístina de éste» (III, 312).

El ambiente en el que Guillén forja su concepción del mestizaje así como su revitalización del folklore negro sería incompleta además si no citáramos las contribuciones de Chacón y Calvo el folklore campesino o las de Carolina Poncet y Cárdenas al romance en Cuba (1914). Todo un cauce de investigación sobre lo popular que debió tener su vertido indudable en la obra de Nicolás Guillén, aunque no se encuentra ninguna alusión, en su prosa, a la obra de estos dos críticos cubanos.

Cuando Guillén, en 1930, da a conocer sus ocho *Motivos* en las páginas del *Diario de la Marina*, a cargo de Gustavo Urrutia, se intentaba, en palabras de su autor, «un acercamiento o al menos una elevada discusión sobre la convivencia de negros y blancos en Cuba, demorada y obstaculizada por siglos de prejuicio alentados en el seno de la clase y raza dominante» (41). El camino estaba abonado.

La prosa de Guillén, y no sólo la de los años treinta, muestra las concepciones del escritor en los aspectos raciales, sociales, culturales, políticos y humanos que veremos canalizados en su poesía, resumidos, en el decir de Jackson, en dos ideas, «the whole concept of blacks as defenders of de homeland and as preservers or symbols of the national culture» (6).

En otros artículos Guillén vuelve sobre el tema: «Cuba, negros, poesía», publicado en *Hora de España* (Valencia, XI, 1937), aclara su concepción de una poesía «negriblanca», poesía que «quiere ser de una y otra sangre, mezcladas, hechas una sola». En «Negra, mueve la cintura» (*Hoy*, 6-12-1941), esboza un amargo comentario sobre los que ven al negro sólo útil para el baile. A éstos hay que añadir, además, gran número de artículos dedicados a poetas que, con él, compartieron comunes afanes y desvelos, como el norteamericano Langston Hugues, gran amigo suyo, o Manuel Navarro Luna, otro poeta cubano, o la del zambo Candelario Obeso, su colega del Magdalena. Resulta interesante también la crónica dedicada a Rómulo Lachatañeré, recopilador de cuentos y cantos negros en su *Oh, Mío Yemayá* (1938) y autor de un *Manual de Santería* (1942). Una lectura detenida de los tres tomos que integran *Prosa de prisa* pone de relieve que el tema que venimos tratando no fue zanjado en los treinta, sino que fue objeto de reflexión permanente a lo largo de su vida, ya fuese de manera directa o indirecta.

Bibliografía

- N. GUILLÉN (1974), *Obra poética I y II*, edic. de Ángel Auguier, La Habana, edit. de Arte y Literatura.
- (1975-1976), *Prosa de prisa, I, II y III*, edic. de Ángel Auguier, La Habana, edit. de Arte y Literatura.
- RICHARD A. JACKSON (1982), «Literary blackness and literary americanism: toward an afro-model for Latin American Literature», *Afro-hispanic Review*, I, 2.
- NANCY MOREJON (1982), *Nación y mestizaje en Nicolás Guillén*, La Habana, Ediciones La Unión.
- FERNANDO ORTIZ (1975), *Los negros esclavos*, La Habana, edit. de Ciencias Sociales.



L. Meyel.

40

Eine Türckin so Caffee trincket.